

EL RAYO

Editor y Redactor, RAFAEL CARRANZA.

Nº 7 |

San José, 6 de Setiembre 1896

| \$ 1 al mes

EL RAYO

En la brecha.

Desde el célebre acontecimiento de la semana pasada y que tan mal parado nos dejó, no hemos tenido aliento para dar á nuestra pluma el vuelo necesario.

Gracias á los auxilios de bondadosos amigos, estamos ya bastante bien y ahora un tanto repuestos del sustazo y de los golpes. El público que tan interesado se ha mostrado por la salud del humilde redactor de este periodiquito, tendrá deseos de saber muchas cosas, que nosotros, como parte ofendida también deseamos que se aclaren.

¿Es cierto que nuestro agresor don Jesús Arias desempeña el cargo de Subinspector ó Delegado de la Inspección de Hacienda por la provincia de Cartago?

¿Qué ordena la ley cuando un funcionario público es declarado reo por delitos comunes y la autoridad competente dicta contra él auto motivado de prisión, auto debidamente *certificado comunicado y publicado* por la prensa?

¿Qué calificativo merece en tal caso la conducta de un empleado superior que mira con indiferencia las transgresiones de la ley?

¿Ha dicho algo "La Gaceta" Diario oficial, sobre exoneración del cargo de Delegado de Hacienda al señor Jesús Arias, vecino de Cartago? ¿Es ó no cierto que aun revista dicho Arias el carácter de alto funcionario público y que ni el auto motivado en otra cosa mayor pudiera *conmoverle* en su puesto?

¿Y el otro? Idem, idem, idem.

Ofrecemos una gratificación al que nos diga con franqueza que hay de todo lo dicho anteriormente.

Mientras tanto unos siguen *impertinentes* nosotros esperamos *impávidos* el resultado final de estos negocios.

COLABORACION

Telescopio moral

La cuestión Militarismo puesta sobre el tapete por los periodistas en estos últimos días, me movió á dirigir mi aparato á este punto de vista y ya podrás figurarte, amado lector, como quedaría yo de sorprendido al reconocer en el cuadro que el prodijioso instrumento presentó á mi observación un pasaje de mi infancia que me trajo á la memoria los ratos de ocio que alegremente pasaba empeñado en juegos con muchachos de mi vecindad.

Examiné atentamente el mecanismo,

temeroso de que el telescopio, se hubiese echado á perder por el frecuente uso á que lo he sometido en estos pocos días; limpié cuidadosamente las lentes; las puse en su lugar; miré otra vez y el mismo cuadro con sombra de pormenores volvió á ofrecerse á mi vista.

En una plaza destartada que habita á cien metros de mi casa estaban reunidos como setenta muchachos el mayor de los cuales andaría apenas en trece años de edad. Esta turba de fataros patriotas se entretenían en ejercicios militares con una sociedad digna del Instructor de Milicias. El Cuartel General estaba situado al pié de un nonagenario higuero que extendía sus añosas ramas al rededor cubriendo con su sombra un espacio de treinta y seis varas cuadradas, donde estaban apiñados y sentados en el duro suelo, como buenos militares, el Cuartel Maestro; chicuelo rechonecho con unos puños acomodados á derribar á un adversario del primer boletín (así nos parecía á nosotros) allí el Mayor de Plaza, pobre muchacho extranjero bonachón y sencillote que fué colocado en dicho puesto porque no servía para otra cosa; allí el Inspector de Milicias, los Jefes de Estado Mayor y de los Cuerpos, el Cirujano del Ejército de quien era yo ayudante; y finalmente, sentado en el tronco del árbol, único asiento de comodidad, estaba el General en Jefe, caballero hijo de un opulento capitalista, simpático joven que aceptamos por Jefe tanto porque él nos convenció de que él debía serlo por Derecho Divino, como por que era el único que tenía uniforme galoneado (condición preciosa de los Generales infantiles (y orgullo para mandar, circunstancia que teníamos muy en cuenta al conceder ascensos militares; pues en can-

cepto de los muchachos el más valiente es aquel que gruta más, quizás por que aun conservan fresco el recuerdo del coco que les infundía espanto con su voz cavernosa y atronadora. ¿Qué importa que nuestro General en Jefe tuviera escasas treinta pulgadas de estatura, que no supiese organizar nuestra infantil tropa, ni nos condujese por el verdadero camino de la gloria, si cuando se efectuaban paradas militares se presentaba á nuestros ojos deslumbrados, cubierto de galones de oro brillante, erguido como gallito de jardín y expendiendo sus órdenes de mando con voz chillona, pero penetrante?

En las cuatro esquinas de la plaza teníamos cuarteles especiales con sus correspondientes servicios de abanzadas. Todos teníamos tan á pechos el asunto como si fuésemos un ejército disciplinado encargado de defender la patria contra una invasión extranjera.

Media docena de escopetas sin gatillo errumbradas y vi-jas, cuatro fragmentos de tuvos de cañería que hacían oficios de rifles de precisión, como cincuenta palos de escoba, y unas pocas estacas; he aquí el lujoso armamento de aquel ejército. La oficialidad se había costeadado su sable y uniforme en armonía con el equipo de la tropa. Para proveernos de kepis, hicimos un recorte en el ala de nuestros sombreros dejéndoles la parte delantera para que hiciera veces de vicera. El servicio de campaña era riguroso. ¡Ay! del muchacho que se arriesgara á pasar por las inmediaciones de nuestro campo. Inmediatamente era hecho prisionero y conducido á la prevención.

Los repetidos arrestos por una parte, e excesivo ruido que hacían las imaginarias y guardias de prevención por otra, y sobre

todo la insolencia de los jefes provocaron la cólera de nuestra vecindad, y cuando más huecos estábamos de nuestra fuerza y disciplina, cuando soñábamos con atacar el Carmen, plaza fuerte á 500 metros de la nuestra, unos doce vecinos, vigorosos y de pocas pulgas cayeron de sorpresa sobre nosotros, armados de garrotes y foetes, entraron á la plaza por fuerza, pusieron en vergonzosa fuga á nuestros heroicos jefes, licenciaron nuestra tropa y cada padre de familia cogió de una creja á su hijo y despues de una paliza soberana de la que, por lo que á mí toca, aun tengo señales en mi cuerpo, nos encerraron á cada uno en un sótano durante tres días á pan y agua.

De esta provechosa lección provicame el horror que aun conservo á la milicia.

¿Y qué tiene que ver esto con la situación de Costa Rica? Dirá el curioso lector. ¿Qué analogía puede haber entre un juego de traviosos muchachos, vagabundos y melerizados con nuestra progresista Nación, dada de lleno al trabajo honrado, en paz con sus vecinos y enemiga de quijotescas aventuras? Qué, en fin, la ignorancia de los muchachos y sus rudimentarias armas, con el armamento de nueva invención de nuestro aguerrido ejército y los conocimientos militares, habilidad estratégica, disciplina y valor de nuestros jefes?

Esas observaciones me hice yo al contemplar el cuadro que el Telescopio moral presentaba á mis ojos, y el no haber hallado una explicación satisfactoria es la causa de mi asombro y del temor que de mí se apoderó; porque si el instrumento se ha echado á perder, ¿quién le devolverá su poder clarificante?

TIRANTE EL BLANCO.

Suma y sigue

(Continuación)

Con respecto á la vocación aun debemos decir algo más.— No hay en la clase una cuarta parte de los asistentes que miren, sino con verdadero entusiasmo, al menos con paciencia, la carrera que con tales clases se pretende sigamos. — Y caso de admitir la instrucción como se ha establecido, y que de paso conste que no la admitimos ¿por qué no preferirá aquellos q' verdaderamente tienen inclinaciones á ese género de vida?—No se hallaría mucho mejor servida la patria en caso necesario con oficiales bien instruidos, y no les cabría á los superiores la satisfacción de no haber tenido que imponerse por medios coercitivos á la voluntad unánime de la juventud, para conseguir el fin á que se aspira hoy por medios poco acomodados á nuestra educación, é imponiendo penas poco conformes con los principios pedagógicos, que aunque no observados en nuestra República ni en algunos otros países que se precian de civizados, dejan de ser por eso los verdaderos medios para conseguir una buena disciplina y una instrucción sólida?— De ninguna manera. Debemos repeler con todos los medios que estén á nuestro alcance el espíritu de imitación de aquello que á los ojos de nuestros conocimientos sea malo y tratar de aprovecharse en

cuanto nos sea posible de lo bueno y loable que en vida de un pueblo encontremos.

(Continuará.)

SERVIO.

No es justo

Ciento veinticinco jóvenes pertenecen á la Compañía de Preferencia y asisten á clase cuando más cincuenta. No podemos menos que lamentar que hasta en el militarismo haya favoritismo y de una manera tan palmaria que no cabe la menor duda, pues dejan de ir como quien dice nada dos terceras partes.

Procedase con rectitud, no se le niegue á unos un permiso y á otros se les dé indefinidos, porque de esta manera hacen más odiosa la instrucción militar, que dicho sea de paso, le cuesta al Erario la bicoca de mil docientos pesos anuales sin que veamos el provecho que con esto reportará á la Nación.

GACETILLAS

Ha comensado á dar funciones la Compañía Infantil. La prensa esta satisfecha de ella, por lo que nos dice. Mas tarde "El Rayo" la juzgará tan luego escampe.

Se nos ha asegurado que el Sr Arias tiene privilegio para salir de la cárcel cuando le place. Veremos si es cierto.

Como cada individuo tiene distinto criterio y muchos tenemos un tanto cerrado el caletre, nosotros no vemos donde está la parte favorable para Costa Rica que contiene el discurso contestación al de nuestro Ministro en Colombia.

Talvez el Heraldo tenga razón al decir que aquello no pueda ser mejor; pero nosotros lo único que vemos en dicha contestación es mucha habilidad.

Eso de que para seguridad y acuerdo de ambos países es necesario renunciar á los árbitros y entenderse de pueblo á pueblo, huele á pan de jabon, *necuacuan*.

Dicen que don Pío se va á Cartago por un año.—Es nuestro deseo que sea un año de felicidad el que pase en el pueblo de la negrita de los Angeles.

Allá le informarán de la Conducta irreprochable de su amigo Arias, al que no porque le han seguido más de diez causas criminales, le faltan méritos para figurar en la lista en los afectos grandes del redactor del Heraldo.

—Las quisicocas del Heraldo, no serán meditis agudo? De otro modo no nos las explicamos.

Cuando los.....le dieron apuella buena templada á él le pareció indigna, criminalmente atroz y nosotros la reprobamos.